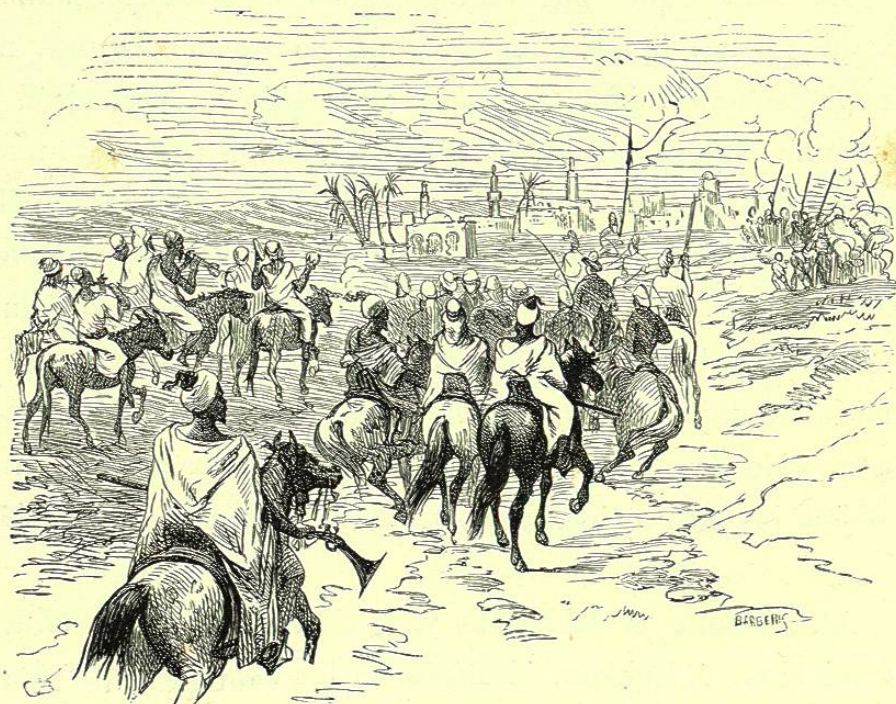


ella esperados. Fácilmente se comprenderá, pues, que era viva nuestra ansiedad. La escolta se iba ordenando al paso que nos aproximábamos; nosotros mismos sin darnos casi cuenta de ello, nos encontramos dispuestos en dos hileras como un escuadrón de caballería, marchando al frente el embajador con los intérpretes á los lados.



La escolta de Alcázar

El tiempo había serenado y dominaba á la gente un sentimiento de impaciencia, mezclado con afectos de alegría y buen humor.

De repente, después de cuatro horas de andar, desde la cima de una loma, distinguimos en la llanura, en medio de un cinturón de jardines, la ciudad de Alcázar, coronada de torres, minaretes y palmeras, al par que hirió nuestro oído el estrépito de continuas detonaciones, y los sonos de una música infernal.

Era el gobernador de la ciudad que nos salía al encuentro con sus subordinados, un buen golpe de soldados á pie y una banda.

¡Ah! ¡Quién no ha visto la banda de Alcázar, aquellos diez tañedores de pífanos y cornetas, ancianos centenarios los unos, los otros chicuelos de diez años, montados todos en jumentillos tamaños como perros, andrajosos, semidesnudos, con sus cabezas mōndas, con su ademán de sátiros, y con su rostro de momias, no ha visto, de seguro, el espectáculo más lacrimosamente risible que puede darse bajo la capa del sol!

En tanto que el gobernador daba la bienvenida al ministro, los soldados hacían descargas de fusilería al aire, y la banda continuaba tocando.

Continuamos adelante hasta llegar á cosa de media milla de la ciudad, en medio de un campo árido, en el cual debían ser levantadas las tiendas.

La banda nos acompañó, tocando siempre.

Levantóse la tienda comedor, en la cual nos reunimos, en tanto que los jinetes de la escolta desempeñaban los acostumbrados oficios.

La banda, formada delante de la tienda, continuaba tocando con furor cada vez más intenso.

Un gesto suplicante del embajador puso término á su entusiasmo.

Entonces presenciamos una curiosa escena.

Casi al par se presentaron simultáneamente al embajador, uno por la derecha y otro por la izquierda, un árabe y un negro. Éste, ricamente vestido, con turbante blanco y caftán azul, depuso á sus plantas un jarro de leche, un canastillo de naranjas y un plato de alcuzeuz: aquél, de aspecto mise-

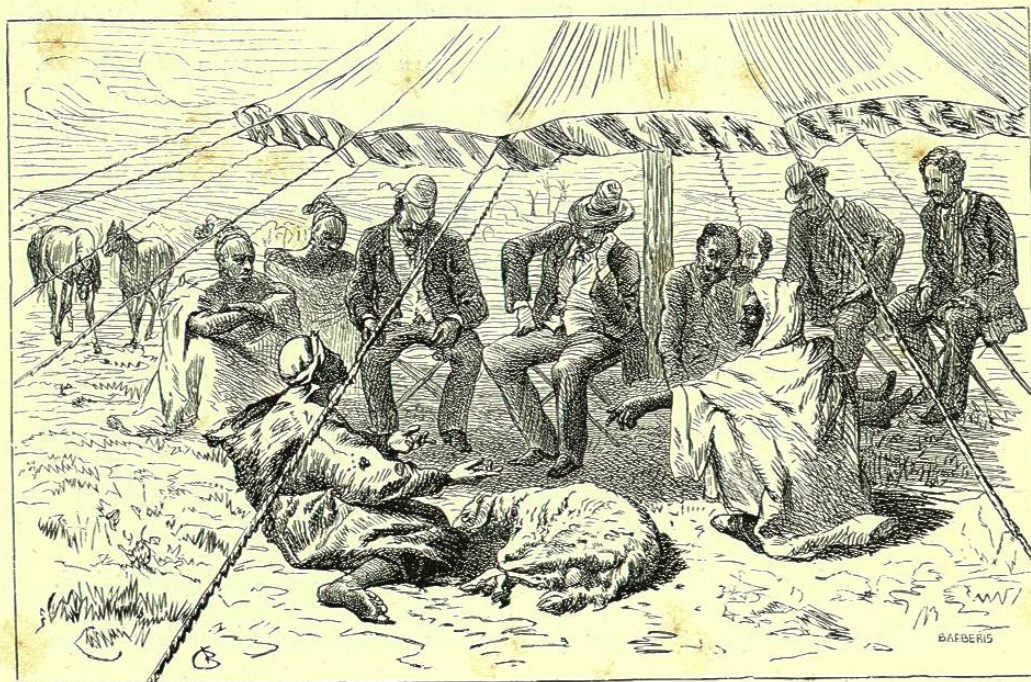


rable, sin más traje que su capa, le puso delante un carnero. Hecho esto, cambiaron una mirada terrible.

Eran dos mortales enemigos.

El embajador, que les conocía, y los esperaba, llamó al intérprete, sentóse y comenzó el interrogatorio.

Habían venido para celebrar un juicio y obtener una sentencia.



Juicio sumarísimo en presencia del embajador

El negro era una especie de representante ó apoderado del anciano gran cherife Bacali, una de las personas más importantes de la corte de Fez, propietario de muchas fincas en los alrededores de Alcázar. El árabe era un pobre campesino. El motivo de su pleito era ya añejo. El negro, fuerte con la protección de su principal, había hecho encarcelar é imponer crecidas multas al pobre árabe, acusándolo, y sosteniendo la acusación por medio de numerosos testigos, de haberle robado caballos, bueyes y frutos. El árabe, que sos-

tenía su inocencia, no encontrando persona alguna que quisiera defenderle contra su tenaz y poderoso perseguidor, tomó el partido de abandonar un día su morada y dirigirse á Tánger, donde habiendo preguntado por el embajador más justo y generoso, como llegara á sus oídos el nombre del de Italia, situóse delante la puerta de la Legación y degolló un cordero, solicitando por medio de esta forma sagrada, á la cual no es posible denegar cosa alguna, protección y justicia. El embajador le había escuchado; había tomado cartas en el asunto el representante de Larache; se había recomendado el negocio á la autoridad de la ciudad de Alcázar; pero la distancia, las intrigas del negro y la debilidad de los jueces, fueron causa de que el pobre árabe, lejos de alcanzar justicia, se viera envuelto en nuevas acusaciones y castigos nuevos. La presencia del embajador debía, pues, poner término á aquel asunto.

Cada cual expuso lo que tuvo por conveniente, por medio de razonamientos que los intérpretes traducían con gran rapidez.

Es imposible imaginar nada más dramático que el contraste que ofrecían el lenguaje y las figuras de los dos contendientes. El árabe, hombre de unos treinta años, enfermizo, de aspecto triste, hablaba con un calor irresistible, temblando de emoción, estremeciéndose, invocando á Dios, dando en el suelo rudos puñetazos, cubriéndose el rostro con las manos en señal de desesperación, fulminando á su adversario miradas terribles que no hay palabras que puedan expresar. Acusábase de haber corrompido los testigos; de haber intimidado á la autoridad; de haberlo hecho encarcelar, con el propósito de saquearle; de que, como á él, había hecho meter en prisión á muchos otros, para violentar á sus mujeres; de que había jurado su muerte; de que era el azote del país; un hom-



bre maldecido de Dios, un infame: y al expresarse en tales términos, ponía de manifiesto las señales que dejaban en sus brazos y piernas los grillos y las esposas, en tanto que la ira ahogaba la voz en su garganta. El negro, cada uno de cuyos rasgos confirmaba el conjunto de semejantes acusaciones, oía sin dignarse mirar, contestaba sin inmutarse, sonreía imperceptiblemente, manteniéndose inmóvil, impasible, siniestro como la estatua de la Perfidia.

La discusión, que hacía largo rato había comenzado, no llevaba al parecer camino de concluir en todo el día. De repente el embajador tomó una resolución que, aceptada por ambas partes, la cortó instantáneamente. Llamó á Selam, que compareció en seguida, con sus grandes ojos desmesuradamente abiertos, y le ordenó que montara á caballo y á todo escape se fuera á la aldea del árabe, distante hora y media de Alcázar, y allí tomara informes de los habitantes respecto de los contendientes y del hecho asunto del juicio. El negro pensaba:

—Me temen y ó bien callarán ó depondrán en mi favor.

En cambio el árabe se decía, y con mayor fundamento: que preguntados por un soldado de una embajada, tendrían el valor necesario para declarar verdad.

Selam partió como una flecha: los dos adversarios se alejaron y no les volví á ver. Supe más tarde que los habitantes de la aldea habían declarado unánimes en favor del árabe y en contra del negro, que en virtud de solicitud del embajador, fué condenado á restituir á su inocente víctima cuanto dinero le había injustamente exigido.

Entretanto los soldados y servidores habían levantado todas las tiendas: los infelices campesinos habían traído la

acostumbrada *mona* y se había aproximado al campamento algún grupo de los habitantes de la ciudad.

En cuanto menguó un poco el calor nos dirigimos en comitiva á ésta, á pie, precedidos, flanqueados y seguidos de gente armada.

De paso distinguimos á lo lejos un edificio que ofrecía un aspecto singular, y que se levantaba entre el campamento y la ciudad, cuajado de arcuaciones y cupulillas, dentro del cual se halla un patio cerrado, que tiene todo el aire de cementerio. Se nos dijo que era una de aquellas *zaydías*, hoy abandonadas, que en los buenos tiempos de la civilización árabe, contenían una biblioteca, una escuela, en la cual se cultivaban las ciencias y las letras, un hospital para los pobres y una hospedería para los viajeros y peregrinos, además de la correspondiente mezquita con su capilla sepulcral, que habían pertenecido, y pertenecían aún, en su mayor parte, á las comunidades religiosas.

Á todo esto habíamos llegado á la ciudad. Hállase ésta rodeada de antiguas murallas almenadas: cerca de la puerta por la cual entramos se hallan varias tumbas de santones, que rematan en cúpulas verdes. Al penetrar en la población, llegó á nuestros oídos un extraño rumor procedente de arriba: levantamos la vista y vimos que lo producía el castañeteo que hacían con sus picos grandes cigüeñas enhiestas sobre la techumbre de los edificios, cual si por su medio hubiesen tratado de avisar nuestra llegada á los habitantes. Enfilamos por una calle: algunas mujeres se refugiaron en las casas, y los chiquillos huyeron. Éstas son pequeñas, carecen de revoque y de ventanas, y se hallan separadas por medio de callejuelas oscuras é inmundas. Las calles semejan lechos de torrentes. En algunos rincones se encuentran osamentas

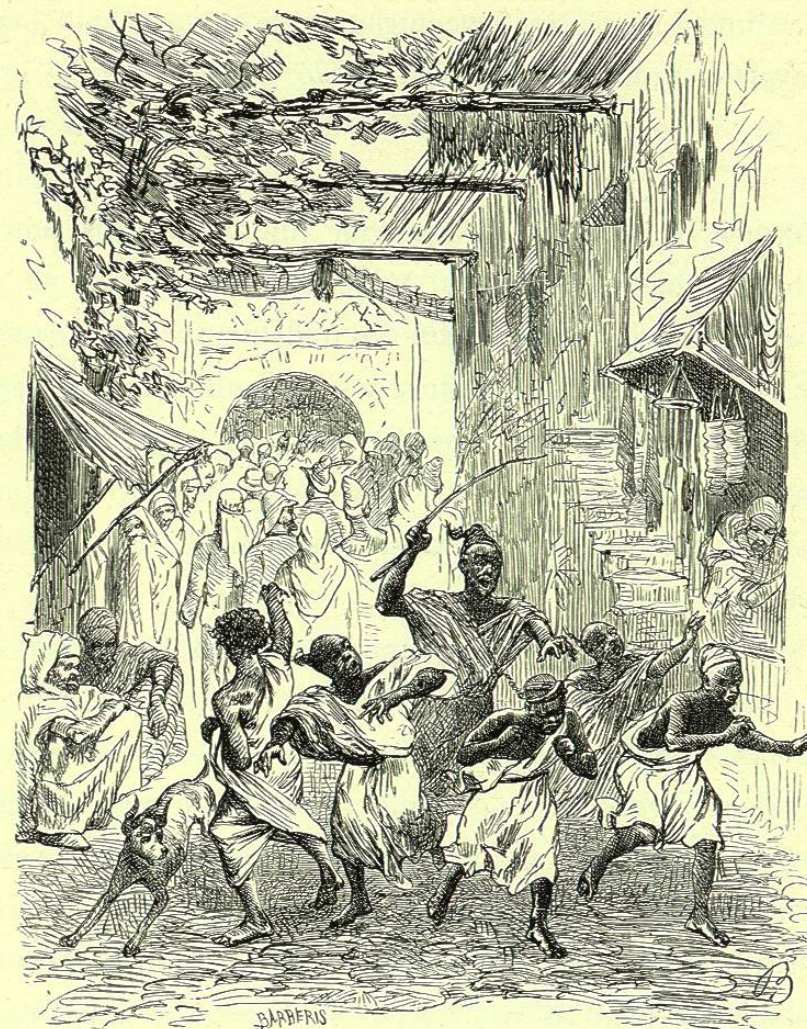


enteras de asnos y de perros. El suelo, lleno de hoyos, guijarros y cubierto de lodo, nos obligaba á andar haciendo saltos y pinitos.

Los habitantes comenzaron á seguirnos, contemplándonos con no poca sorpresa y estupor. Los soldados los tenían á raya á empujón y culatazo limpio, con un celo tan exquisito que el embajador se vió obligado á refrenarlo. Marchábamos precedidos y seguidos de una turba inmensa. Cuando alguno de nosotros se detenía bruscamente, todos se paraban, otros se escondían, y no faltaba quien echara á correr. De cuando en cuando podíamos observar alguna mujer que nos echaba la puerta á los bigotes, y algún muchacho que escapaba lanzando un grito de terror. Las mujeres parecen líos de trapos sucios: la mayor parte de los chicuelos andan en cueros: muchachos hay de diez y doce años que no llevan más vestido que una camisa ceñida á la cintura por medio de una cuerda. Paulatinamente las gentes que nos acompañaban fueron adquiriendo más confianza. Lo que especialmente les llamaba la atención eran nuestras botas y nuestros pantalones. Los muchachos, como más atrevidos, llegaron á tocarnos el extremo del traje. Sin embargo, la expresión general de los rostros nada tenía de benévola. Una mujer, al tiempo de escapar, dirigió al embajador algunas palabras que el intérprete tradujo: — ¡Dios cohonda tu raza! — Un mozalbete exclamó: — ¡Concedáanos Dios una jornada victoriosa contra esos!

Llegamos á una plazoleta de suelo tan pedregoso y desigual, que á duras penas podíamos dar un paso. Allí vimos una hilera de viejas asquerosas y repugnantes, casi totalmente desnudas, que, sentadas en el suelo, esperaban que se acercaran á comprarles algunos panes y unas pocas astillas que tenían en venta. Penetramos en otras calles. Á cada cien

pasos de distancia se encuentra una puerta que se cierra de noche. Las casas son iguales en todas partes, desnudas, agrietadas, lúgubres. Entramos en un bazar cubierto por un



Entramos en un bazar

techo de cañas y ramas de árbol que crujían por todos lados. Las tiendas parecían nichos; los tenderos, estatuas de cera, y los géneros, ropa de muñeca, colocada como muestra por burla. En todos los ángulos veíase gente acurrucada, soñolienta, admirada, triste; chiquillos tiñosos, viejas que no



tenían siquiera forma humana. Parecíanos estar recorriendo los corredores de un hospital. El aire estaba impregnado de agradables aromas: no se oía voz alguna: la multitud nos acompañaba silenciosamente cual si fuera una turba de espectros. Salimos del bazar. Encontramos moros á caballo, camellos cargados, una bruja que amenazó con el puño al embajador, un viejo santón, coronado de laurel, que se le echó á reír en las barbas. Al llegar á un punto determinado, comenzaron á aparecer en derredor nuestro ciertos hombres vestidos de negro, cabelludos, cubierta la cabeza con un pañuelo azul, que nos saludaban humildemente y nos contemplaban sonriendo. Uno de éstos, viejo ceremonioso, presentóse al embajador y le invitó á visitar el *Mellá*, esto es, el barrio de los judíos, llamado por los árabes con este nombre ultrajante, que quiere decir tierra salada ó maldecida. El embajador aceptó.

Penetramos al través de una puerta en forma de arco, y nos hallamos en medio de un enmarañado laberinto de callejuelas, más miserables, lúgubres y hediondas que las de la ciudad árabe, formadas de casuchas que parecen cavernas, y de plazoletillas semejantes á establos, desde las cuales se divisan patinejos que tienen todo el aspecto de albañales ó estercoleros, y brotando de todas partes, en medio de tanta inmundicia, bellísimas muchachas y hermosas mujeres que nos sonreían y saludaban diciendo: — ¡*Buenos días, buenos días!*— En algunos puntos nos vimos obligados á taparnos las narices y á andar de puntillas. El embajador estaba indignado.

— ¿Es posible, — le dijo al anciano judío, — que viváis en medio de tanta porquería?

— ¡Qué queréis! Es la costumbre del país.

— ¡La costumbre del país! ¿No os da vergüenza? ¿Cómo tenéis valor para solicitar el apoyo de la Legación, y hablar de civilización, y llamar salvajes á los moros, si además de vivir en peores condiciones que ellos, tenéis la poca aprensión de envaneceros de semejante miseria?

El judío bajó la cabeza sonriendo, como si hubiese querido decir:

— ¡Vaya una idea peregrina!

Salimos del Mellá: la muchedumbre nos rodeó de nuevo. El vicecónsul acarició á un pequeñuelo, con lo cual se levantó un murmullo favorable, que obligó á los soldados á dispersar á la chiquillería que nos estorbaba el andar. Precipitamos el paso, y por una calle desierta, dejando á las gentes á nuestra espalda, llegamos, al exterior de la ciudad, encontrándonos en un camino que flanqueaban palmeras elevadísimas y chumberas enormes. Estábamos solos: respiramos con complacencia.

Tal es la ciudad de Alcázar, llamada generalmente Alcázar-el-Kibir, que tanto vale como «El gran palacio.» Cuenta la tradición que fué fundada en el siglo XII por aquel Abu-Yusuf Yacub-el-Mansur, de la dinastía de los Almohades, vencedor de Alfonso IX de Castilla en la batalla de Alarcos, que hizo construir la famosa *Giralda* de Sevilla; añadiendo que como se extraviara en una partida de caza, recibió hospedaje de un pobre pescador que le recogió en su cabaña, y que agradecido el califa, hizo construir para su generoso huésped un magnífico palacio, con varias casas á su alrededor, que fueron el origen y fundamento de la nueva ciudad. Ésta fué un tiempo populosa y floreciente; mas en la actualidad cuenta sólo unos cinco mil habitantes entre moros y hebreos, siendo



pobrísimas, á pesar de las ventajas que le proporciona el hallarse situada en el camino que recorren las caravanas para trasladarse del Norte al Sur del imperio.

Cuando volvimos á pasar junto á la puerta por donde habíamos entrado, vimos un muchacho árabe de hasta doce años, que andaba de un modo desusado, con las piernas abiertas y rígidas, bamboleándose á cada paso. Seguíanle otros muchachos. Detuvimos y se nos acercó. Cuando estuvo delante de nosotros, vimos que llevaba una laña ó grillete de hierro de dos palmos de largo, fijado á las piernas por medio de dos anillos colocados en los tobillos.

Era un muchacho macilento, sucio y de fisonomía repugnante. El embajador le preguntó por medio del intérprete:

—¿Quién te ha puesto ese hierro?

—Mi padre, — contestó resueltamente el chico.

—¿Y por qué?

—Porque no quiero aprender las letras.

Vacilábamos en darle crédito; mas un árabe de la ciudad, allí presente, confirmó el dicho de aquél.

—¿Y hace mucho tiempo que lo llevas?

—Tres años, — contestó sonriendo amargamente.

Imaginamos que fuese una mentira; pero el árabe nos aseguró que era verdad, añadiendo que el muchacho dormía con el hierro puesto, y que esto lo sabía en Alcázar todo el mundo.

Entonces el embajador, movido á compasión, le dijo algunas palabras, exhortándole á que estudiara, con lo cual se le quitarían aquellas prisiones y no sería la deshonra de su familia, y cuando el intérprete le hubo traducido aquel pequeño discurso, le hizo preguntar si tenía algo que decir.

—Tengo que decir, — repuso el muchacho, — que llevaré estos hierros toda la vida; pues pensar que he de leer es pensar en lo excusado, puesto que estoy resuelto á hacerme matar antes que aprender las letras.

El embajador le contempló fijamente: él sostuvo impertérrito la mirada.

—Señores, — dijo aquél dirigiéndose á nosotros, — nuestra misión ha concluído.

Regresamos al campamento, y el muchacho penetró otra vez en la ciudad con el instrumento de su tortura.

—Dentro de algunos años, — observó uno de los soldados de la escolta, — se verá colgar aquella cabeza de una de las puertas de Alcázar.